

Jesús de Nazaret

22. 40. Y así, al promulgarse el Nuevo Testamento de la herencia eterna (cf. Heb 9,15), el hombre renovado en ese testamento por la gracia divina puede comenzar una vida nueva (cf. Ro 6,4-6), esto es, la vida espiritual, y aparece la caducidad del primer testamento, en el que el pueblo carnal llevando una vida vieja, a excepción de unos pocos patriarcas y profetas y algunos santos desconocidos que comprendían la realidad, viviendo según la carne deseaba del Señor los premios materiales y los recibía, como figura de los bienes espirituales. El Señor Jesucristo, hecho hombre, despreció todos los bienes terrenos para enseñarnos a despreciarlos, y soportó todos los males terrenos, tal como él nos ordenaba, de modo que ni en aquéllos buscáramos la felicidad ni en éstos temiéramos la infelicidad.

Nacido, en efecto, de una madre (Mt 1,18) que, aunque concibió sin obra de varón y siempre permaneció intacta—virgen al concebir, virgen al dar a luz, virgen al morir—, estaba desposada con un carpintero, extinguió así todo el orgullo de la nobleza carnal. Además, nacido en la ciudad de Belén, que entre las demás ciudades de Judea era tan pequeña que aun hoy se llama aldea, no quiso que nadie se gloriara de la nobleza de ninguna ciudad de este mundo (cf. Miq 5,2; Mt 1,18). Y también se hizo pobre (2Co 8,9) el que es el dueño de todo y por quien todo fue creado (Col 1,16), para que ninguno de los que crean en él se atreva a enorgullecerse de las riquezas de aquí abajo. No quiso que los hombres le proclamaran rey (Jn 18,36-37; 2Co 8,9; Col 1,16), aunque todas las creaturas atestiguan su reino sempiterno, porque así mostraba el camino de la humildad a los desgraciados que la soberbia había separado de su lado.

Padeció hambre el que a todos da de comer; sufrió sed el creador de toda bebida y el que es espiritualmente pan para los hambrientos y fuente para los sedientos (Jn 14,6; Is 53,7). Se cansó en los caminos de este mundo el que se hizo a sí mismo camino hacia el cielo para nosotros. Ante quienes lo insultaban (Is 53,7), se portó como un sordo y un mudo quien había hecho hablar a los mudos y oír a los sordos (Mc 7,37); fue encadenado el que rompió las cadenas de las enfermedades; fue flagelado el que libraba a los cuerpos de los hombres del azote de todos los dolores (cf. Is 53,4); fue crucificado el que acabó con todas nuestras cruces; murió el que resucitaba a los muertos. Pero también resucitó para no volver a morir (Ro 6,9), de modo que, a ejemplo suyo, nadie temiera despreciar la muerte, como si nunca hubiera de vivir para siempre (cf. 1Co 16,32).

23. 41. Después, confirmados sus discípulos y después de haber vivido con ellos cuarenta días, en presencia de ellos subió al cielo (Hch 1,3.9; 2,1), y pasados cincuenta días desde la resurrección, les envió, según les había prometido, el Espíritu Santo, gracias al cual, difundida la caridad en sus corazones (Ro 5,5; Hch 1,8), pudieran cumplir la Ley no sólo sin fatiga (cf. 1Jn 5,3), sino con alegría incluso.

Esta Ley les fue entregada a los judíos en diez mandamientos, que se llaman Decálogo, que, a su vez, se reducen a dos: amar a Dios con toda el alma, con todo el corazón, con toda la mente, y amar al prójimo como a nosotros mismos (Mt 22,37). Y el mismo Señor dijo en el Evangelio, y lo manifestó con su ejemplo, que toda la Ley y los profetas se basan en estos dos preceptos.

Así como desde el día en que el pueblo de Israel celebró por primera vez, en figura, la Pascua, mediante el sacrificio y cena de un cordero, con cuya sangre se marcaron los dinteles de las puertas para defensa de su propia vida (Ex 12,1-3; 13,3; 19,1), y desde ese día se cumplieron los cincuenta días cuando recibieron la Ley escrita por el dedo de Dios, palabra con la que, como hemos indicado, se designa al Espíritu Santo, del mismo modo, a los cincuenta días de la pasión y resurrección del Señor, que es la verdadera Pascua (1Co 5,7), fue enviado el Espíritu Santo a los discípulos, abandonando la imagen de las tablas de piedra, que simbolizan los corazones endurecidos. En el momento en que «los discípulos estaban congregados en un mismo lugar en Jerusalén, vino de repente un ruido del cielo, como si fuera un viento impetuoso, y aparecieron unas como lenguas de fuego repartidas sobre ellos» (Hch 2,1-4), y comenzaron a hablar en diversas lenguas, de forma que cuantos habían acudido adonde estaban ellos, cada uno reconocía su propia lengua: recordemos, en efecto, que a aquella ciudad acudían los judíos, provenientes de todo el mundo, por donde estaban dispersos, y donde habían aprendido las diferentes lenguas de los diversos pueblos. Luego, predicando a Cristo con toda confianza, realizaban muchos milagros en su nombre (Hch 2,43; 5,12), hasta el punto de que, pasando Pedro, su sombra tocó a un muerto y éste resucitó.

42. Pero al ver los judíos que se hacían tantos milagros en nombre de aquel que ellos habían crucificado, parte por envidia y parte por equivocación (cf. Mt 27,18; Hch 3,17), algunos se encarnizaron en perseguir a los apóstoles que predicaban a Cristo, mientras que otros, admirando más todavía que se hicieran tan grandes milagros, en nombre de quien ellos mismos se habían burlado viéndolo abatido y vencido, arrepentidos se convirtieron y creyeron en él a millares.

Aquellos judíos ya no eran personas que deseaban beneficios temporales y un reino terrestre de la mano de Dios, ni esperaban según la carne al rey Mesías que se les había prometido, sino que entendían las cosas con mentalidad espiritual y amaban a aquel que, por su causa, había sufrido de sus manos tantos trabajos materiales, les había perdonado sus pecados incluso con el derramamiento de su sangre y, mediante el ejemplo de su resurrección, les había mostrado la inmortalidad que ellos debían esperar y desear.

Y así, mortificando los deseos terrenos del hombre viejo y enardecidos por la novedad de la vida espiritual, tal como les había enseñado el Señor en el Evangelio, vendían cuanto tenían y colocaban el precio de sus posesiones a los pies de los apóstoles, para que éstos lo distribuyeran a cada uno según sus necesidades. Y viviendo concordes en la caridad cristiana, nada llamaban propio, sino que todo lo tenían en común, con un solo corazón y una sola alma para Dios (cf. Mt 19,21; Lc 12,33; 18,22; Hch 2,45; 4,32-34). Más tarde también ellos sufrieron persecución en su carne de parte de los judíos, sus conciudadanos según la carne, y fueron dispersados (Hch 8,4), de modo que Cristo, gracias a esa dispersión, fuera predicado más ampliamente y ellos mismos pudieran imitar la paciencia de su Señor, pues el que por ellos había padecido con mansedumbre (Jer 11,19; Heb 12,3), les ordenaba que ellos a su vez sufrieran por él.

43. Entre aquellos perseguidores de los santos se encontraba también el apóstol Pablo, que se ensañaba de forma especial contra los cristianos (Hch 8,3). Pero más tarde, creyendo y convertido en apóstol, fue enviado a predicar el Evangelio a los gentiles (Hch 13,2), sufriendo en su misión por el nombre de Cristo (Hch 9,16; 20,23; 2Co 11,23-28) más de lo que él había hecho contra el nombre de Cristo. Habiendo fundado iglesias entre todos los gentiles por donde iba sembrando el Evangelio, recomendaba insistentemente a los fieles que, puesto que provenían del culto de los ídolos y acababan de iniciarse en el culto al único Dios verdadero y no podían fácilmente servir a Dios, a pesar de la venta y reparto de sus bienes, hicieran ofrendas a los fieles necesitados de las iglesias de Judea, que habían creído en Cristo (Hch 24,17; Ro 15,26; 1Co 16,1-4; 2Co 8,9). Así, la doctrina apostólica estableció a unos como soldados mercenarios y a otros como súbditos

tributarios de las provincias, presentándoles a todos ellos a Cristo como la piedra angular, como había sido anunciado por los profetas, en la cual los dos pueblos, judíos y gentiles, como dos paredes que se juntan, se reúnen en una caridad fraterna (Hch 4,11). Pero luego surgieron, de parte de los gentiles incrédulos, persecuciones más violentas y más frecuentes contra la Iglesia de Cristo y, de día en día, se iba cumpliendo la palabra del Señor que había anunciado: «He aquí que yo os envío como ovejas en medio de lobos» (Mt 10,16; Lc 10,3).